

mismo que una mosca que va zumbando ántes de dar su piquete; pero el caballero tenia un brazo de hierro y la mirada pronta y segura. Despues de algunas pasadas hizo una finta; el page se vino á fondo, pero su espada se deslizó contra la de Buridan, que se sumergió hasta la empuñadura en el pecho del desgraciado Oliverio.

—Basta por hoy,—dijo el amante de Margarita al alejarse á toda prisa de aquel sitio,—y creo que será prudente salir de esta maldita ciudad, donde solo he encontrado ó causado desgracias.

Dos horas despues, gracias al oro y á las pedrerías de Juana, maese Juan Buridan cabalgaba rápidamente hácia San Dionisio, sin mas plan ni mas arbitrio para aquel, entónces, que huir de Paris y aguardar en algun escondite, humilde y oculto lugar que se hubiese puesto en olvido, esas sus malhadadas aventuras.

VI.

Margarita de Borgoña en el castillo de Gisors.—Blanca en el castillo de Gaillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Buridan penetra al lado de Margarita.—Tentativa de evasion.—Es transferida Margarita de Borgoña al castillo de Gaillard.—Buridan vuelve á Paris.—Proceso, sentencia y ejecucion de los hermanos d'Aunoi.—Suerte de Buridan.

Juana no debía disfrutar durante mucho tiempo de la impunidad que creía haber conseguido por medio de nuevos crímenes.

Margarita de Borgoña, sin hacer muchos esfuerzos de imaginacion, habia adivinado fácilmente de donde provenia el golpe terrible que acababa de herirla, y creyéndose perdida para siempre, no quiso, al ménos, morir sin haberse vengado de una manera terrible. Aterrorizada al principio, esa muger enérgica se habia vuelto á enderezar de repente, lo mismo que una víbora que huye de la planta que iba á aplastarla. En cuanto amaneció llamó con todas sus fuerzas en la puerta del aposento en que la habian encerrado.

—Hola!—esclamó,—que vayan inmediatamente á decirle á monseñor el rey, que la reina de Navarra quiere comunicarle asuntos de importancia, que urge sepa su real persona, so pena de ver acaecer muy luego desgracias de gran tamaño.

—Señora,—contestó el oficial que comandaba á los guardias á quienes se habia confiado la custodia de los dos cuartos en que estaban encerradas las dos reales cuñadas,—tengo orden terminante del rey nuestro señor de no moverme de aquí, y por tanto, se me hace imposible cumplir con la comision que os servís encomendarme.

Insistió Margarita, diciendo que importaba el honor y tal vez la vida del rey lo que tenia que comunicarle, y logró al fin que se mandara al Louvre un guarda que trasmitió sus mismas palabras á Felipe el Hermoso.

El rey habia vuelto á pasar una noche muy mala, pensando en este desgraciado asunto que iba á manchar con una deshonra indeleble el nombre de su real familia. Ya se habia levantado y vestido, cuando le dieron el recado de la reina de Navarra. Dió orden inmediatamente de que trajeran á las dos prisioneras á su presencia con sus correspondientes escoltas y dentro de literas perfectamente cerradas.

Así se hizo esactamente.

Margarita habia vuelto á cobrar toda su audacia; parecia que esa muger de pasiones ardientes poseía siempre en sí la fuerza moral y la voluntad firme de destruir todos los obstáculos que podían oponérsele.

Pero no sucedia otro tanto con Blanca que, á la pasion desenfadada de los placeres amorosos no unia, como su cómplice, un corazon tan intrépido como corrompido. Presa de la mas honda desesperacion, habia pasado en los ayes y las lágrimas el resto de esa noche, que comenzára en las delicias de la voluptuosidad. Al saber que iban á conducirla ante el rey, perdió el sentido y fué preciso llevarla hasta la litera, porque duró largo rato su desmayo.

Llegaron las dos princesas delante de Felipe el Hermoso: este mandó retirar á los cortesanos que le rodeaban y dirigiéndose á la reina de Navarra, le dijo en tono grave é imponente:

—Hénos aquí, señora; y estamos dispuestos á haceros pronta y cabal justicia. Si teneis alguna revelacion que hacernos, podeis hablar; pero hacedlo breve é incontinenti.

—Señor,—contestó Margarita con entereza,—os he de decir ántes que todo una cosa en que no habeis pensado al tratar de la misma manera que si fuera una meretriz á la hija del duque de Borgoña, y es, que si habeis olvidado cual fué nuestra cuna, muy bien podia suceder que el Burguiñon os lo recordara con cien mil picas.

—Vive Dios!—esclamó el monarca,—hé aquí palabras atrevidas de que os haríamos arrepentir si, por nuestros pecados, no tuviéramos que ocuparnos de cosas mas urgentes y vergonzosas. Así, pues, decidnos al momento quiénes os han arrastrado á la perdicion y os han conducido á cometer tamaños crímenes, pues aparece de los lugares donde os hemos mandado arrestar, que de allí mismo provienen todos esos mancebos que en estos últimos tiempos se han encontrado asesinados en el rio de nuestra capital.

—Sobre este último punto guardaremos silencio, señor, pues demasiado desprecio nos inspira tan inicua acusacion; en cuanto al pecado de adulterio, os diremos que mal pudimos cometerlo no siendo sino de nombre el real consorte de monseñor Luis, vuestro hijo, quien habiendo dejado nuestro cuerpo tal como se lo entregamos,—lo que asentamos y pretendemos sostener y probar,—nos ha dado el derecho de usar de él como mejor nos pluguiese.

—Por vida de sanes! no hagais tamaña injuria al primogénito de Francia, porque si no os diremos que mentís villanamente. Mejor fuera que os callárais, ántes que apelar á esos pretestos de prostituta.

—Mucho sentimos, señor, que no esteis en estado de juzgar el presente caso; pero ahí están los concilios, y si logramos probar lo que decimos, no hay jueces que se atrevan á condenarnos. Convenimos en que ha de ser cosa esta que duela á vuestro real corazón, señor; pero no negueis lo que no podeis saber.

Añadiremos ahora que este no es el caso en que se encuentra la señora Juana, que es la que nos indujo en la tentacion, á la señora Blanca y á mí, á fin de que en ese punto nos asemejásemos á ella; y no es poco extraño que ahora sea ella la que nos acusa, esperando que así quedará impune y disculpada de los grandes y abominables pecados que fundadamente se le imputan.

Felipe se quedó atónito, confundido durante unos cortos instantes, al ver la prodigiosa frescura y seguridad con que hablaba Margarita. Quiso despues dirigir algunas preguntas á Blanca, pensando que de ella sacaria mas partido que no de la orgullosa burguñona; pero se encontraba sumida en un estado de atonía tal, que parecia que ni sentia, ni tenia conocimiento de lo que en derredor suyo pasaba. Mandó llamar entónces á Juana, que, conocedora de la trágica muerte de Oliverio, estaba presa de hondas inquietudes. Poco faltó para que se cayera desmayada cuando se vió en presencia de Margarita de Borgoña, que al verla entrar le lanzó una mirada terrible.

Empero, habiéndola Felipe interpelado, renovó la acusacion.

Margarita entónces repitió tambien lo que le acababa de decir al rey, añadiendo que estaba pronta á exhibir pruebas inescusables de cuanto asentaba al oírlo, Juana, viéndose pérdida sin remedio, no tuvo ya valor para defenderse, á pesar de que bien fácil le hubiera sido comprobar que en esa série de crímenes, en esos misterios de iniquidad, habia sido siempre la reina de Navarra la que habia hecho el primer y principal papel.

Vió entónces el rey que no le seria tan fácil como lo habia creído al principio, castigar á las mas culpables, y que se hacia preciso esperar que el tiempo hiciera revelaciones sobre las orgías y los crímenes que se habian cometido en la torre de Nesle; no obstante, como pesaban cargos y una culpabilidad manifiesta contra las tres princesas, les declaró que quedarian detenidas hasta que se hubiese descubierto toda la verdad de los hechos. En consecuencia, y con el fin de evitar que se concertasen entre sí y formasen un plan que le engañaria, dió orden de que

fueran conducidas y encerradas, Juana en el castillo de Dourdan, Blanca en el de Gaillard, cerca de los Andes, y Margarita en el de Gisors, fortaleza situada á 20 leguas de Paris, y que por las obras que sucesivamente habian mandado hacer en él Felipe Augusto, San Luis y la reina Blanca, era considerada como la plaza mas fuerte del vecino normando.

.....
 Hemos dejado á Buridan cabalgando hácia San Dionisio, con la única mira de alejarse cuanto ántes de Paris, donde no creía hallarse en seguridad despues de las hazañas que ya hemos referido.

Cuando se hubo tranquilizado algo, lo que le sucedió cuando perdió totalmente de vista las últimas casas de la capital, comenzó el caballero por querer poner algun orden á sus ideas. Preguntóse á sí mismo en qué lugar estaria mejor al abrigo de las indagaciones que la policía del rey no dejaria de hacer sobre el retiro probable donde se habia refugiado, y despues de algunos instantes de reflexion, dirigió su caballo hácia el Oeste, á fin de pasar á Bretaña, donde el duque del mismo nombre que á la sazón se hallaba en guerra contra los ingleses, no desdeñaria tal vez la espada que iba á poner á su disposicion.

Buridan, al caer la noche, llegó á Pontuesa, donde, juzgándose en salvo, descansó por algun tiempo: al cabo de unos cuatro dias atravesó la ciudad de Gisors, pasó por encima del puente Dorado, en el que tan milagrosamente huyó de una muerte casi segura el rey Felipe Augusto, y fué á apearse delante de la puerta de la hosteria de las tres Palomas.

Esto pasaba el dia 20 de Junio, dia de San Gervasio, patrono de la ciudad de Gisors; así es que la gran sala de la hosteria estaba llena de alegres compadres que se holgaban en vaciar sendas copas á la salud, honra y bienandanza del santo varon bajo cuya invocacion estaba colocada aquella poblacion histórica.

Algun trabajo le costó á Buridan encontrar algun lugar, y vióse precisado á sentarse en una mesa, que ya ocupaban dos artesanos á quienes el vinillo de Vernon empezaba á trastornar la cabeza y á dar pruritos de charlar mas de lo regular.

—Compadre,—decia uno de ellos á su rubicundo compañero,—tú que calzas al messer nuestro baile, sabrás mejor que nadie si será cierto que pronto tendremos que habérmolas con los señores ingleses.

—Me parece, repuso el zapatero de la autoridad civil,—que demasiado que hacer tiene el rey Eduardo con nuestros amigo los bretones para pensar en venir á ensartarse en nuestras alabardas que por cierto le han picado ya mas de una vez las espaldas.

—Pues entónces ¿qué vienen á hacer por estos mundos esos trescientos veteranos que han llegado hoy al castillo, y por qué brillan las puntas de tantas lanzas en las alturas de la gran torre de las Argilieras?

CAPILLA ALFONSO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L.

—Qué no sabes, belitre, que desde ayer está encerrada allí una alta y muy poderosa señora?

—A fé que no.

—Pues así es, y ya lo sabe todo el mundo, ménos tú, gran bellaco.

—¿Qué será alguna duquesa?

—He oído decir que era la mismísima reina de Navarra, nuestra señora, nuestra de Felipe IV, el rey nuestro querido amo, á quien segun parece, ha dado mucho que sentir.

—Vaya con Dios! pues á nadie he visto yo pasar por la puerta de Paris.

—Es porque nadie, en efecto, ha pasado por allí ayer.

—Ah! ya, ya... habrá venido la reina por la puerta de Neaufles.

—No, señor.

—Pues entonces, si es que no ha caído del cielo, es seguro que llegó por la puerta de Caprille.

—Chasco te has llevado, panduro. No pudo venir la señora Margarita por ninguna de las puertas de la ciudad, por la sencilla razon de que fué conducida por el subterráneo de la reina Blanca que pone en comunicacion nuestro castillo con el de Neaufles (1); por mas señas que el capitan que allí manda es messer de Bagnerie, con quien fui yo á Flandes durante las últimas guerras, y allí me cupo la satisfaccion de salvarle la vida, por lo que me protege algo, y, eso sí no se pone un calzado que no esté hecho por mis manos.

Buridan, como se supone, no dejaba escaparse una sola palabra de esta conversacion que tanto le interesaba.

—Amigo,—le dijo al último que acababa de hablar,—pudierais decirme, por casualidad, si ese capitan de Bagnerie ha estado en alguna época al servicio de Roberto II, duque de Borgoña?

—Sí, señor caballero, ha servido bajo las órdenes del duque, y cuando me alisté yo con él venia precisamente del ducado de Borgoña.

—Ni una palabra mas, dijo Buridan;—las revelaciones que acababan de hacersele bastaban para que abandonara su proyecto primitivo y formara otros nuevos. Habia conocido en Borgoña á ese capitan, que hoy era gobernador del castillo de Neaufles, y dijo para sus adentros que si lograba salvar á la reina de Navarra y huir con ella al ducado de su padre, renacerian para él sus esperanzas de hacer fortuna, esperanzas que desde algunos días tenia completamente perdidas.

Lo que ahora importaba y urgia mas era huir y ponerse al abrigo de las persecuciones de Felipe el Hermoso.

[1] Esta vía subterránea fué construida de orden de la reina Blanca, madre de San Luis, que tan cuerdamente gobernó la Francia mientras el rey su hijo hacia la guerra en los Santos Lugares. La estension de este camino es de una legua y quedan aún en el día algunos vestigios de él: el autor de esta obra penetró bastante adentro hace unos veinte años; pero actualmente la obstruyen mucho materiales de mampostería en razon de que varias veces ha habido derrumbamientos.

Pasó Buridan toda la noche pensando en los medios de llevar á cabo este proyecto, y regocijándose grandemente de que la casualidad le hubiese traído cerca de su antigua amada y que fuera su guardian un amigo que, tal vez, descorreria para él los cerrojos de aquella cárcel real.

En cuanto amaneció, montó á caballo, salió de la ciudad, y se dirigió hácia el castillo de Neaufles, cuyas torres podian verse desde Gisors, y cuyas actuales ruinas revelan el poder que debieron tener.

Bien pronto hubo llegado Buridan á las puertas del castillo.

El capitan Bagnerie le acogió de una manera tan amistosa y cordial, que el caballero sintió su corazon inundado de inmensa alegría.

—Bien veo,—le dijo,—que ya que venís hasta aquí, tiene todavía algunos buenos amigos la reina Margarita de Borgoña: no hubierais hecho este viage, si no fuera con la noble intencion de prestarle algun servicio.

—Es cierto, messer; y no ocultaré yo esta verdad á un caballero tan valiente y tan leal como sois vos, á quien he tenido la honra de conocer, tiempo ha, y que, segun creo, y espero habrá permanecido tan galante y cabal gentil-hombre como ántes.

—Así es y será siempre, mi querido Buridan.

Despues de un momento en que ambos interlocutores guardaron silencio, volvió á hablar el capitan.

—Y podriais decirme por qué causa ha caído nuestra señora Margarita en tanta desgracia?

—Esto solo pudo acontecerle por alguna horrible traicion, por felonía y malas intrigas,—y así es en efecto. Lo mas terrible de todo es, que esta es obra de la princesa Juana, su prima, que en otros tiempos fué su mejor amiga.

Y reveló entonces Buridan al capitan Bagnerie que siendo acusada Juana de ciertos crímenes, habia logrado atribuir la mayor parte de las culpas que en ella recaían á la reina de Navarra y á Blanca haciéndolas sorprender por el rey, despues de haberlas atraído por medio de ardides y traiciones en la torre de Nesle, donde por casualidad se encontraban los hermanos de Aunoi: concluyó diciendo que los amigos de Margarita tenian esperanzas de que interviniera en este asunto la corte de Borgoña.

—Voto á brios,—esclamó el capitan,—si no perteneciera yo al rey de Francia, á mucha honra tuviera y seria para mí una gran satisfaccion poner en esta circunstancia mi espada á las órdenes de nuestra señora Margarita, que en otra época fué tan buena y amable para conmigo: mas ¡ay! quisiera morir mil veces ántes que ver el nombre de Bagnerie colocado en la picota como el de un traidor y un perjuro,—y á fé que así se lo hubiese yo dicho á la misma reina de Navarra en cuanto la hube visto, si por desgracia no hubiera llegado aquí y no se hallara en aquel momento en medio de muchos guardas y arqueros del rey nuestro señor.

Bien vió Buridan que no le seria posible vencer los escrúpulos de honor y fi-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

delidad del capitán Bagnerie; así es que se hizo el ánimo de ocultarle completamente sus designios, so pena de ver convertirse en un hombre hostil á la causa de Margarita el que en otra época fuera su amigo.

—Messer y compañero mio,— se apresuró á contestarle,—lo que me ha traído aquí no es el intento de induciros á que falteis á vuestros juramentos: nada de esto, demasiado conocidos me son vuestro carácter y vuestra lealtad para haberlo siquiera pensado un solo momento; pero he esperado que tal vez, contando con vuestra proteccion y buena voluntad, me seria posible ver á la reina de Navarra, con el esclusivo objeto de consolarla y escitarla á que no se desanime ni pierda la esperanza de ver pronto terminado su cruel cautiverio.

—No es esta cosa muy fácil, messer Buridan, porque mi autoridad solo se estiende á la plaza fuerte de este castillo en que nos encontramos ahora. Sin embargo, si me dáis vuestra palabra y vuestra fé de caballero, de que no intentaréis nada que me pueda traer perjuicios, por servir á vos y á nuestra señora Margarita, procuraré que la veáis cuanto ántes.

Los juramentos, como es sabido, han sido en todos tiempos y en todas épocas, cosas esencialmente violables y han sido violados casi siempre; Buridan que, (relativamente al siglo en que vivía tenía ideas muy avanzadas), prometió y juró todo cuanto quiso el capitán, y con eso quedó tranquilo y satisfecho el buen militar, que poco versado en las relajadas costumbres de las cortes, no podía pensar que un hombre honrado pudiera dejar de obrar conforme la palabra que empeñaba. Pero aquellos tiempos eran los de la barbarie; desde aquella época han variado las cosas, y en estos días de progreso, de ilustracion; en estos siglos del vapor y de los ferro-carriles, se hace casi ridículo el que es esclavo de sus promesas, por solemnes, por sagradas que sean.

—Pues entonces, caballero,—dijo el honrado Bagnerie, hasta la noche; y si os place matarémos el tiempo de aquí hasta la hora en que háyamos de ir á visitar á la reina, entre algunas buenas botellas y los dulces recuerdos de nuestra juventud.

Demasiado le gustaba esta proposición á Buridan y harto se prestaba á la realizacion de sus proyectos para que la rehusara; así es que aceptó alegremente la oferta de su antiguo amigo.

Un célebre gastrónomo ha dicho que la alegría procede de la barriga; lo mismo dirémos nosotros de las inspiraciones del espíritu: estas son dos emanaciones que provienen del mismo lugar, que se aclaran, se hacen lucidas al atravesar el cerebro y se van modificando de mil y una maneras, á pesar de que conservan siempre el sello de su origen primitivo.

Pero esta observacion va rozando los límites de la eclética, y no es este un lugar muy á propósito, que digamos, para hablar de cosas abstractas; dejemos, pues, las causas á un lado, y hablemos del efecto; hélo aquí:

Después de haber pasado unas doce horas en la mesa, el capitán se había vuelto el hombre más complaciente, más expansivo, el más satisfecho de sí mismo que

jamás hubiera pisado nuestro mísero planeta, ese grano de arena de la inmensidad; Buridan por el contrario, era el hombre más audaz, más atrevido, más perverso y más astuto que hubiese salido del litro terrenal.

—Messer,—dijo el capitán cuando hubo llegado la noche,—ya podemos ponernos en camino, y ahora os puedo decir por qué ha sido preciso aguardar hasta ahora para tal hacer. El gobernador del castillo de Gisors, siendo hombre muy rígido y altanero, nos habría negado seguramente el permiso de penetrar en la prision de nuestra señora la reina de Navarra, si hubiéramos cometido la tontera de pedirselo; y como vale más abstenerse de una cosa difícil de conseguir, cuando hay otros medios de obtener de otra manera lo que se apetece, que esponerse á una negativa vergonzosa, he creído que podríamos llegar á estas horas hasta el cuarto de Margarita, siempre que no nos viera el gobernador ó algun oficial conocido mio: y no es esto muy difícil de conseguir porque ambos castillos comunican entre sí por una vía subterránea, y tienen todos los centinelas, el mismo santo y las mismas contraseñas. Lo único que nos falta es la llave de la torre en que está encerrada nuestra noble reina; pero voy á tomar tal cantidad de ganzúas, que espero en Dios podremos abrir fácilmente el torreón.

El buen Bagnerie tomó en efecto un inmenso manojito de ganzúas y llaves de todas formas y dimensiones, encendió un farol y llevó á Buridan á un patio interior del castillo; después de haberlo atravesado, abrió una puerta y se vieron ambos á la entrada de una escalera de piedra, que se estendía á lo lejos debajo de una bóveda húmeda y oscura; pero bastante elevada para que debajo de ella pudiera pasar sin embarazo un hombre montado en un caballo.

Después de haber bajado muchos escalones, los dos amigos entraron en una estensa galería subterránea, en la que pudieron andar con la misma comodidad que si se hallasen en un camino real. Al cabo de unos tres cuartos de hora, llegaron al pie de una escalera en un todo semejante á la que habían bajado al principio, y después de subir, abrió el capitán una puerta y contestó al quién vive del centinela que estaba colocado allí; en seguida, enseñándole á Buridan la enorme torre de las Argilieras, cuya mole se elevaba de en medio de las tinieblas:

—Aquí es,—le dijo en voz baja:—calladito, y caminemos sin hacer ruido.

Pasó todo tal cual lo había previsto Bagnerie.

Abrieron la puerta exterior y hubo, por fortuna, una llave entre el manojito que llevaba el buen capitán que entrara perfectamente en la cerradura del cuarto en que estaba encerrada la princesa.

Al oír el ruido que hicieron al abrir, púsose en pie Margarita de Borgoña, y se quedó petrificada al ver á Buridan.

—Mi reina y señora,—dijo éste,—adviento que os causa mucha admiracion que el que fué el más adicto de vuestros servidores durante los días de ventura, os ha sido también adicto y fiel durante la adversidad....

—Ah! Buridan, no esperaba yo menos de vuestro noble corazón. ¿Qué nuevas me habeis traído, amigo mio?

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—Una sola os diré que atañe á vuesa real persona, señora, y es, que ciertas gentes que os aman están intentando libertaros de esta prision, lo que no puede ménos de suceder en cuanto se haya comprobado á monseñor el rey que sois víctima de falaces apariencias, y de villanos embustes y maquinaciones de la señora Juana.

—Conque así, Buridan mio,—dijo la maliciosa reina,—no soy yo culpable á vuestros ojos, ¿no es verdad?

Buridan dió un paso hácia ella, le besó la mano y le dijo en voz baja:

—Margarita, yo te juzgo con mi corazon.

El capitan, al ver que la conversacion tenia visos de intimidad, se retiró un poco, por discrecion, hácia la puerta exterior de la prision. Apresuróse Buridan á sacar provecho de esta circunstancia que con tanta ansia anhelaba, y siempre en voz baja le dijo:

—¿A dónde da esta ventana?

—A las murallas.

—Pues bien, mañana á esta misma hora, abridla de par en par y poned en el quicio un farol ó una lámpara encendida; os estaréis á un lado; una saeta caerá aquí portadora de una cuerda delgada; la halaréis poco á poco, porque en la punta estará atada otra cuerda mas fuerte, y amarraréis esta en uno de los piés de vuestra cama. Estad lista para partir y tened valor; todo lo demas corre de mi cuenta.

—Oh! amigo mio, qué te daré para recompensarte, ya que es tuyo mi corazon

—Eso lo veremos mas tarde.

Y acto continuo alzando la voz:

—No es justo, dijo,—que mi reina y señora me conceda exclusivamente estos momentos preciosísimos; que se digne permitir á su servidor tenga la honra de presentarle un amigo suyo que estuvo en otra época en la corte de Borgoña, donde prestó buenos y leales servicios.

Al decir esto, tomó por la mano al capitan y lo condujo á presencia de Margarita que le dió muy buena acogida.

La entrevista se prolongó durante algunos instantes, despues de lo cual los dos amigos se despidieron de la princesa y lograron retirarse, sin mas obstáculos que los que hasta entonces habian encontrado.

En cuanto estuvo Buridan de vuelta á la hostería de las Tres Palomas, su primer cuidado fué buscar un buen tirador de arco, dispuesto á obedecer ciegamente, mediante pecunia, todas las órdenes que se le dieran.

Como en aquella época, lo mismo que en la presente, no escaseaban esa clase de gentes, muy fácil le fué al caballero encontrar al hombre que necesitaba: llamábase Lherbier; era un cazador consumado, un merodeador intrépido que vivia de pesca, de caza, de rapiñas de todas clases y que no tenia escrúpulos que no vencieran unos cuantos sueldos parisienses.

—Amigo,—le dijo Buridan,—me han dicho que sois hombre capaz de colo-

car desde la muralla de las Argilieras una saeta en cualquiera de las piedras de la torre que se os señale?

—Y os han dicho la verdad, messer. Si tuviera yo que enderezar dos veces mi arco para hacer esto, vergüenza me daría presentarme ante las gentes.

—Venid, pues, á buscarme en cuanto esté metido el sol para que hagamos la prueba: si vuestro tiro es certero os daré dos escudos de oro: tomad esto, entre tanto; estas son vuestras arras.

Lherbier, al oír esto, abría tamaños ojos, tamaños oídos, tamaña boca, á modo de un gandul á quien de golpe le llovía la fortuna del cielo: en su vida habia recibido, aun para las hazañas mas... delicadas, una recompensa tan considerable, y no podia creer ni lo que oía, ni lo que veía: empero, un escudo de oro brillaba en su tosca mano, lo tocaba, lo veía, lo palpaba y se convenció de que aquel sueño era una realidad: juróle entonces á Buridan por todos los santos del paraíso, que era suyo completamente, en cuerpo y alma, y que se haría matar con mil amores con tal de darle gusto á un caballero tan magnánimo y generoso.

—Será preciso que ademas de tu arco y tus saetas,—repuso Buridan,—traigas contigo unas cincuenta brazas de hilo muy fuerte y diez de cuerda gruesa capaz de llevar, sin romperse, una carga bastante pesada: todo esto te lo pagaré de la misma manera que tus buenos servicios.

—Muy bien, monseñor: podeis descansar en mi habilidad, pues entiendo mejor que nadie eso de hacer cuerdas de aguante.... Este fué mi primer oficio, y á fé mia que os he de traer unas que soportarían el peso de un elefante. Conque, monseñor, os respondo que quedarán cumplidas vuestras órdenes en cuanto á calidad y cantidad.

Muy largo les pareció aquel día á Margarita y á Buridan.

Esperaban ambos con la mayor ansiedad aquella noche en que tal vez iba á decidirse para siempre su suerte.

En cuanto anocheció, el caballero se dirigió hácia las murallas de las Argilieras, á donde llegó poco despues maese Lherbier, trayendo consigo en un saco que pendia de un largo baston que descansaba en su hombro, todos los objetos que le habia pedido Buridan.

Este comenzó á desenvolver el hilo, y ató una de sus puntas en la estremidad de la cuerda nudosa, mientras Lherbier se ocupaba en armar su arco.

—Messer,—le dijo á Buridan cuando hubo concluido todos sus preparativos,—me parece, con vuestro permiso, que no es en las piedras de las torres donde hemos de disparar flechazos; pues que me lleve Belzebú si con la oscuridad de la noche puedo divisar la mas gruesa; pero adonde quiera que haya de ir á parar el golpe, bien podeis decírmelo, pues soy vuestro desde ahora y para siempre.

Antes de que acabara de hablar, se abrió la ventana de Margarita y apareció de repente en ella una luz.

—Os creo hombre de buenos alcances, amigo,—contestó Buridan;—así, pues,